

Una vez reunido, se acordó, despues de un animado debate, que Sandoval tuviese iguales atribuciones que Alonso de Estrada en los asuntos del gobierno de Méjico, quedando á cargo de Hernan Cortés todo lo concerniente á los indios y á la guerra.

Capítulo LXXVIII.

Por tu ley y por tu rey...

La gobernacion de Méjico en la forma que hemos dicho, duró algunos meses.

Rodrigo de Albornoz, despues de la muerte del licenciado Ponce de Leon, y cuando se hallaba enfermo el bachiller Marcos de Aguiar, apenas supo que este nombraba para sustituirle en el mando á Alonso de Estrada, abandonó la ciudad imperial y se dirigió á España.

Comprendia que aquel nombramiento no seria bien recibido por los amigos de Cortés, y como enemigo irreconciliable suyo, queria influir en la córte para que se revalidase aquel nombramiento.

Llegó, pues, á palacio, y apenas se anunció, el rey le mandó entrar.

— Graves deben ser los motivos que os han obligado á abandonar las Indias, —le dijo el monarca.

— Así es, señor, como vuestra majestad podrá juzgar.

— Hablad pronto: ¿qué ocurre?

— Primeramente debo dar cuenta á vuestra majestad, por más que le cause un sentimiento, de la muerte del licenciado Luis Ponce y de la mayor parte de los que fueron en su expedición.

— ¿Y qué ha motivado tantas desgracias?

— Una terrible epidemia que ha diezclado la ciudad.

El rey hizo una exclamacion de dolor.

Supersticioso como todos los de su época, se figuró por un momento que aquello era un castigo de la Providencia por haber dudado de la lealtad de Hernan Cortés.

Rodrigo de Albornoz, al notar la distraccion del monarca, suspendió un instante su relato.

El rey exclamó al fin:

— Y á la muerte del licenciado Ponce de Leon, ¿quién se ha encargado del gobierno?

— Momentos antes de morir nombró para sustituirle al bachiller Márcos de Aguilar.

— Apruebo la eleccion.

— Es el caso, señor, que tambien tenemos que lamentar su pérdida.

— ¡Esto más! — dijo con desesperacion el monarca.

Y la conciencia le acusaba de nuevo;

Albornoz continuó:

— El infortunado Aguilar fué tambien previsor: acordó que le sustituyera el tesorero Alonso de Estrada. Este nombramiento ha producido gran agitacion en los amigos de Cortés; se han negado á reconocer su autoridad, porque dicen que no se sabe aún la voluntad de vuestra majestad, y sólo al cabo de largas disensiones se ha llegado á un término medio, que será origen de grandes disturbios.

— ¿Qué término medio es ese á que aludís?

— Se ha acordado que comparta con Albornoz la gobernacion Sandoval, el amigo de Cortés, y que éste quede encargado de lo relativo á los indios y á la guerra.

La indignacion se reveló en el semblante de Carlos V.

— ¿Quién le ha dicho al cabildo, —exclamó,— que tiene facultades para hacer esos nombramientos, para tomar disposiciones tan graves en momentos tan críticos?

Para más hacer estallar al monarca, añadió Albornoz:

— Yo no sé con qué fundamento alegan que no teniendo nombramiento directo de vuestra majestad Alonso de Estrada, no deben reconocer su autoridad.

— Es verdad que no di atribuciones tan amplias á Luis Ponce y Márcos de Aguilar; pero ellos han obrado con acierto al abrogarse aquellas facultades. De cualquier modo, consultaré al consejo de Indias, por más que mi deseo sea que Alonso de Estrada sea

el gobernador único y exclusivo de las provincias conquistadas.

El consejo se reunió, y conociendo los propósitos del monarca, fácilmente se comprende cuál sería el resultado de sus deliberaciones.

Alonso de Estrada debía ser rivalizado en su cargo para conservar el prestigio de autoridad, y al propio tiempo debía apercibirse á los que sin ningún título para ello se habían atrevido á inmiscuirse en asuntos de tanta trascendencia.

Como se vé, este apercibimiento no podía ser más injusto.

Negar que Cortés y los que habían compartido con él la gloria de la conquista no tenían título alguno, equivalía á negar la luz del sol.

Alonso de Estrada, al recibir los pliegos que contenían estas disposiciones, creció en orgullo y osadía.

Sin el menor miramiento trataba á Hernan Cortés, á quien consideraba inferior suyo.

No tardó, sin embargo, en comprender que Cortés era un enemigo poderoso por los muchos partidarios que tenía.

Para oponer á esta fuerza otra mayor, se hizo amigo de Peralmindez y de Gonzalo de Salazar, y arrastró á su partido á los secuaces de estos.

Ocurrió por entonces un hecho, que sirvió de pretexto á Alonso de Estrada para vengarse de una manera inicua de Hernan Cortés.

Unos criados de este, por cuestion de mujeres, se

trabaron de palabras con un capitán; de las palabras se fueron á las manos, y el resultado fué la muerte de este último.

Se prendió á uno de los criados, y en el mismo día mandó el nuevo gobernador que se le cortase la mano.

Después fué conducido á un calabozo.

Inmediatamente desterró á Cortés, temeroso sin duda de que tratase de poner en libertad al criado.

Esta última resolución produjo una verdadera alarma.

—Poneos al frente de nosotros, —decían al caudillo sus amigos, —y enseñaremos á ese intrigante procax lo que hacemos con los tiranuelos despreciables. Sería mengua para vos cumplir esa orden de destierro.

—Pues yo os suplico que me permitais cumplirla. Si la razon está de mi parte, como creo, el tiempo me la dará.

—Pero entre tanto, Estrada se habrá salido con la suya.

—Perdonadle su debilidad; no acostumbrado al mando, se deja llevar de rencores mezquinos, sin ver que con su conducta se hace cada vez más odioso.

Mucho trabajo costó al ilustre Cortés convencer á sus amigos á que le dejasen partir á cumplir la orden de destierro.

Algunos que le habían calificado de ambicioso, de tirano, no pudieron ménos de reconocer la injusticia con que le habían juzgado.

¿Qué mejor ocasión que aquella podría presentársele para declararse como dueño absoluto de todo el territorio?

Casi todos los españoles estaban de su parte, y los indios anhelaban el momento de tomar las armas en su favor y defensa.

Pero Cortés profesaba estas dos máximas, que tenía grabadas indeleblemente en su corazón:

El rey sea mi gallo.

Por tu ley y por tu rey morirás.

Antes de pasar adelante, vamos á referir á nuestros lectores un episodio que vino á confirmar una vez más la fama del soldado Botello, no sólo como astrólogo, sino como adivino.

Capítulo LXXIX.

Un episodio

Ya sabemos que el viejo Botello, gracias á su fortuna de haber salvado la vida de Motezuma y á la circunstancia de haber sido trasladado en calidad de prisionero á una de las provincias del imperio, fué aclamado cacique á la muerte del que ia gobernaba.

Asistimos despues á la entrevista que celebró con Hernan Cortés, y supimos tambien que el ilustre caudillo confirmó su nombramiento cuando eligió para las provincias los jefes que habian de gobernarlas.

Expliquemos ahora el episodio que anunciamos al final del capítulo anterior.

Tres dias antes de la peste que tantas víctimas causó en Méjico, escribió Botello á Hernan Cortés, diciéndo que sus cálculos le hacian temer próximos desastres.

Todos se burlaron de sus pronósticos, que más tarde se realizaron en parte.

Botello aunque tenia pocos conocimientos científicos, no dejó de alarmarse de las ráfagas de fuego que se veían en el firmamento.

Su imaginación se preocupó demasiado de aquel fenómeno, y durante la noche tuvo un sueño, del que dió cuenta á Hernan Cortés.

Hé aquí lo que decía:

—»Me figuraba que habia salido á dar un paseo acompañado de varios servidores.

»Admirando la espléndida vegetación de estos contornos, anduve más de tres leguas.

»La vida regalada que disfruto desde que soy cacique, hizo que me causase con un niño.

«Mandé hacer alto, y me tendí á la sombra de unos frondosos plátanos.

»Un instante despues el sueño comenzaba á apoderarse de mí.

»De pronto oí voces confusas, exclamaciones de alborozo, que salían de un grupo de cedros, bajo los cuales se habian guarecido mis servidores.

—»Sus risotadas me despertaron.

—»Me dirigí hacia ellos, y los encontré sentados al rededor de un anciano de venerable rostro.

»Les estaba contando una de las tradiciones más antiguas de Méjico.

»—Totepench, como sabreis,—les decía,—fué el primero que ciñó la corona á sus sienes en este imperio.

»Despues de someter á su obediencia á los chichimecas, tuvo un encuentro con otras tribus; despues de sujetarlas tambien, emprendió un largo viaje para extender su dominio.

»El séquito que llevaba era digno de él.

»Doscientos indios, adornados con preciosas plumas, pintado el rostro con brillantes colores, formando coprichosos dibujos, le procedían.

»Despues iba él colocado en una especie de hamaca, que pendida de unos palos que llevaban cuatro esclavos.

»Más de dos lunas tardó la caravana en llegar al sagrado manantial de Huitzotjathio, dios de la vida.

»El manantial estaba situado en la falda de un monte.

»No habia vejetación, ni se descubrian ruellas de que aquel territorio estuviese habitado.

»Las provisiones que llevaba la caravana comenzaban á escasear, y como Tetepench no veía la facilidad de reemplazarlas, exclamó con acento de desprecio:

—»—¿Y para esto he abandonado yo mis dominios? ¿Despues de tan larga peregrinación encuentro por todo premio un poco de agua de salobre?

»Aquella era una blasfemia.

»Afortunadamente para él, no la oyeron los que le acompañaban.

»Dió la orden de regresar, y la comitiva se puso en marcha.

»Al saber sus vasallos que habia bebido el agua del sagrado manantial de Huitzpotjahiok, creció el respeto que le tributaban.

»—¿Cómo,—decían ellos,—ha podido lograr una felicidad tan inmensa?

»—Bien claro se vé en esto la proteccion de todos los dioses.

»—Y tanto; tiene veinte mujeres, y nunca riñen; dos hijas que jamás han sentido el amor en su pecho. Su hijo Topil anuncia en su fogoso carácter que con el tiempo eclipsará las glorias de su padre.

»Y sin embargo, aquel hombre se reputaba desgraciado.

»Sus meditaciones relativas á la vida eran tristes y profundas.

»—¿Qué es la existencia del hombre?—se preguntaba.—Una burbuja de aire en la superficie del mar; el silbido de la flecha que cruza por el aire.

»¿Qué son los placeres de la tierra?

»Algunos momentos de alegría que nos hacen sentir nuestros tormentos con más violencia.

»El mundo no es más que un mar borrascoso, en que están luchando los desventurados que han naufragado, siempre dispuestos á salvar su vida á costa del que nada y lucha á su lado.

»Cada dia que comienza nos anuncia nuevos pesares.

»El único que debemos bendecir es el último de nuestra vida, el de nuestra libertad.

»No hay que extrañar, sabiendo las ideas que sus-

tentaba, que Totepench considerase el suicidio como el único medio para curar todas sus penas.

»Dió una palmada y se hizo servir la cena.

»Despues de la cena seis mujeres hermosísimas, tipo perfecto de la raza mejicana, le trajeron una vasija de un brevaaje que reemplazaba al vino.

»Entretanto que llegaban las viandas machacó sobre una piedra unas yerbas venenosas, y su zumo lo echó en una especie de copa.

»Comió con apetito, y despues, cogiendo en una mano el receptáculo que contenia el veneno y en la otra el del vino, apuró este último de un solo trago.

»Un calor sofocante le ahogaba.

»Repitió la operacion, y tampoco se aplacó su sed.

»Por tercera vez se administró una nueva dosis.

»—El hombre que vá á morir,—exclamó,—bien puede permitirse estos excesos.

»El calor anmentaba por momentos.

»—¿Qué viene á ser el mundo y la vida?—añadió.—Una sucesion de miserias.

»Al decir esto arrojó el veneno, pero con el otro líquido hizo una nueva libacion.

»Algunas horas despues se hallaba tendido á la sombra de los frondosos árboles que rodeaban su palacio.

»El horizonte se le presentaba á lo lejos como un gran chal rayado con los colores más brillantes.

»Por encima de su cabeza colgaban racimos de frutas y de rosas, cuya transparencia se aumentaba por los rayos del sol.

»Y sin embargo, en la bóveda celeste, en aquel cielo bienhechor y espléndido, no veía más que un receptáculo de influencias perniciosas, de pestes y enfermedades.

»—La fecundidad de la tierra,—decía,—engendra serpientes, el ruido lejano del mar recuerda espantosos naufragios.

»¿Es posible que haya todavía teopixques que nos hablen de las bondades de los dioses?

»Aquel atentado no podía quedar impune.

»El que se atrevía á desafiar la ira de los dioses, debía sentir en breve el peso de la venganza.

»El cielo empezó á encapotarse, y grandes cataratas de fuego se abrían en las nubes.

»Emponzoñada la atmósfera, la peste comenzaba á hacer sus estragos.

»Totepench quiso huir, aterrado por el desgarrador cuadro que se presentaba ante su vista.

»Montones de cadáveres llenaban el suelo.

»Los quejidos que exhalaban los moribundos le helaban la sangre.

»Apenas dió dos pasos, uno de aquellos infelices se levantó haciendo un supremo esfuerzo, y asiéndole con su descarnado brazo:

»—¡Maldicion! ¡Maldicion sobre tí, genio infernal!—gritaba.—¡Maldicion sobre tí, que con tu imprudencia eres causa de tantos desastres!

»Totepech espiró.

»—De esta manera,—añadía Botello,—terminó su relato aquel anciano.

» Yo, que no habia perdido una palabra de él, sin saber por qué, me sentí afectado.

» Ordené que volviéramos á mi palacio, y toda la noche el recuerdo de lo que acabo de referiros embargó mi imaginacion.

» El día anterior, como os he manifestado, noté ráfagas en el cielo que me anuncian grandes calamidades.

—Vaya, vaya,—exclamó Cortés cuando terminó la lectura de la carta;—este Botello padece una verdadera monomanía. ¿Quién es capaz de adivinar lo que ha de suceder? Lo que me refiere no pasa de ser un cuento.

Uno de sus oficiales, que entró á hacerle una consulta, se enteró del contenido de la carta.

Un momento despues corria entre todos la noticia, y un sinnúmero de chistes brotaban de todos los lábios burlándose de la supersticion de Botello.

Más tarde recordaron la ligereza con que le habian juzgado.

Capítulo LXXX.

Despedida

Fiel á sus propósitos, Hernan Cortés se dispuso á salir para el punto que le habia fijado como residencia el nuevo gobernador Alonso de Estrada.

Con la mayor humildad le pidió una audiencia para despedirse.

Despues de hacerle esperar largo rato, se dignó recibirle.

—Y bien,—exclamó con altanería, dándole á entender que censuraba su atencion.

—Sentiria haberme excedido,—dijo Cortés,—al tratar de cumplir con un deber de cortesía.

La calma con que pronunció estas palabras, aumentó la indignacion de Estrada.

Como si Hernan Cortés no hubiera notado el efec-

to que producian, añadió, siempre con la misma serenidad:

—Voy á acatar la orden de destierro que habeis tenido á bien dictar, por más que la crea injusta.

—Meditad bien lo que decís, porque pudiérais arrepentiros.

—Jamás me retracto de lo que digo, porque siempre hablo dentro de los límites de la conveniencia, de la razon, de la justicia.

—Haceis perfectamente, porque sentiria en extremo que experimentáseis el peso de mi autoridad.

—El que tiene su conciencia tranquila, ningun temor puede abrigar, y digo esto, porque no puedo suponer, ni por un momento, que tratáseis de atropellarme.

—Abreviemos, que no quiero perder más tiempo.

A este nuevo insulto correspondió Cortés con una sonrisa de compasion.

—Alonso de Estrada que le notó, ardiendo en ira:

—Salid inmediatamente de aquí, si no quereis que á palos os arrojen mis criados.

—Mucho lo sentiria; pero no por mí sino por vos, —contestó Hernan Cortés, queriendo demostrarle la confianza que tenia en sus leales amigos, y para que viese que si acataba su tiránica orden, no era por que le faltasen elemetos para contrarrestarla.

Esta entereza dió el resultado que era de esperar.

Estrada fué tan cobarde, que quiso retractarse de lo que habia dicho.

—No os molesteis, interrumpió Cortés;—soy más viejo que vos, y conozco las debilidades humanas. La vuestra es de llevarlo todo a sangre y fuego. ¡Ya os convencereis de lo poco que consigue en la vida por ese camino!

Pero no quiero molestaros más. Si me dais vuestro permiso, me retiro.

—Id en buena hora.

—Permitidme antes que os de un consejo. Procurad proceder en todo tiempo con arreglo á la más estricta justicia, y no os dejéis alucinar por vuestro poderío presente. La fortuna es ciega; la suerte inconstante, y por si algun día os abandona, bueno es que sintáis algun consuelo en la tranquilidad de vuestro espíritu.

Y haciendo una profunda reverencia se retiró.

Como se vé, Hernan Cortés procedía con la medida del hombre que está seguro de la razon que le asiste, y confía en que tarde ó temprano el triunfo ha de ser suyo.

Sus capitanes, la mayor parte de sus soldados, el cabildo, los principales personajes de la ciudad é infinitos mejicanos, le aguardaban para reiterar sus votos de adhesion y cariño.

—Bien podeis decir que os tenemos gran respeto, cuando nos sobreponemos á lo que nos aconsejan nuestros sentimientos. De otro modo jamás permitiríamos que nos abandonase jefe tan querido.

—Con vos á la cabeza haríamos frente á todos los ejércitos del mundo.

—Admiramos vuestra resignacion y vuestra conducta demuestra el gran corazon que teneis.

—Grande pesar nos causa vernos privados, por más que confiamos sea por poco tiempo, de una amistad tan preciosa para nosotros.

Todas estas frases eran espejo fiel de las simpatías que en todos habia despertado el caudillo.

—Si algun pesar embargare mi alma por la humillacion que ha querido inferirme el gobernador, le destruiria por completo esta escena que jamás se borará de mi alma.

—Nos permitireis que os acompañemos hasta dejaros en vuestro destierro.

—Tampoco en eso me es dado complaceros, porque Alonso de Estrada veria en esa determinacion una manifestacion hostil á su autoridad.

—¿Y eso os da cuidado?

—Sí.

—¿Y en qué os fundais?

—En que se destruiria el plan que me he propuesto de proceder en este asunto con la calma, con la tranquilidad, con la mensura del que está seguro de que ha de triunfar en breve.

—Así sucederia, en efecto, si la intriga, si la envidia, si la calumnia no se cebasen en vos.

—Nada temais; la Providencia es justa, y hará que triunfe el que deba triunfar.

El sentimiento religioso que se hallaba tan arraiga-

do en aquellos corazones, hizo comprender á los españoles que asistían á aquella escena la exactitud de las palabras de su caudillo.

Todos se despidieron afectuosamente de él, é hicieron los mayores votos por su pronto regreso, por su prosperidad, por el triunfo de su causa.

Los padres misioneros le bendijeron.

Los señores mejicanos estrecharon su mano con efusion.

Hernan Cortés, hondamente conmovido, se disponía á partir; pero aún tuvo que sufrir una humillacion.

Cuatro soldados españoles de los que eran adictos al nuevo gobernador, llegaban con orden de éste de acompañarle á su destierro.

—Sensible y doloroso es para nosotros,—dijo uno ellos,—el cumplimiento de una orden que se nos acaba de comunicar.

—Jamás debe ser doloroso para un soldado acatar las órdenes de sus jefes; por el contrario, al cumplirlas, debe experimentar la mayor satisfaccion.

Y con un gesto imperativo, dió á entender que estaba pronto á que le acompañasen.

Un grito de indignacion exhalaron los amigos de Cortés, é hicieron ademán de arrojarse sobre aquellos soldados.

Pero el ilustre y desgraciado caudillo les dirigió una mirada suplicante, recordándoles lo que habían pactado, y pudo contenerlos.

Cortés se puso en marcha, volviendo la cabeza

para saludar á sus fieles amigos hasta que los perdió de vista

Dos horas llevaba caminando, cuando salió á su encuentro una india acompañada de dos criados.

Su belleza era peregrina; pero se notaba en ella una palidez y una debilidad, que recordaba á la flor que ha sido herida por el huracan.

Su frente se elevaba al cielo, y aunque sufría mucho, se mostraba envanecida con la intensidad de su dolor.

¿Quién era esta mujer, y á qué sentimiento obedecía al venir á buscar á Hernan Cortés?

Vamos á saberlo.